

PSYCHOKILLERS

anatomía del
asesino en serie

JESÚS PALACIOS



¡Hola, amigos del lado oscuro! Hoy tenemos aquí el relato del horror más escalofriante de todos. Un relato en el que los monstruos no son zombis, vampiros o demonios, sino la peor criatura del planeta: el ser humano. Bueno, quizá no toda la especie en su conjunto, pero sí un buen número de sus representantes. Un grupo de hombres que, a punto de traspasar la barrera del año 2000, se han convertido en la encarnación viviente del Mal: los psychokillers. Personas como usted, querido lector; y como yo. Sólo que en lugar de tomar el desayuno, ponerse la chaqueta y después coger el metro, es muy posible que bajen al sótano y se dediquen a torturar a su tercera o cuarta víctima. O quizá tan sólo a jugar con los *souvenirs* que han sobrado tras la fiesta: restos humanos que devorar; conservar o utilizar como decoración.

No estoy interesado en la nueva Familia Manson o cualquiera de los que siguen en ella (es todo pura palabrería ahora). Estoy interesado en quienes estuvieron envueltos en aquello entonces y ahora están rehabilitados y son prácticamente como... ¡usted!

No son raros; pueden sentarse a esta mesa y tener una conversación muy inteligente y ser como la gente corriente que uno conoce en la vida normal.

Pero llevan ese estigma del que nunca se podrán librar. Ni siquiera podrán intentar librarse de él... Y fue sólo una noche.

JOHN WATERS

Agradecimientos

Todas estas personas evitaron que me volviera un completo psicópata mientras escribía este libro, y algunas incluso ayudaron a que haya sido una experiencia todo lo agradable que podía llegar a ser. A ellas, mis más sinceras gracias. Carmen Asensio, Pedro Calleja, Javier Candeira, Pedro Duque, Rafael Díaz Santander, Juan Luis González Caballero, Miguel Hernández, Alfredo Lara, Frank G. Rubio, José Luis Yubero... Todos aguantaron, en mayor o menor medida, mis divagaciones y teorías sobre el tema, aportando apreciaciones inteligentes, redondeando y matizando conceptos, y ayudando con sus préstamos bibliográficos a que las cosas salieran lo mejor posible. Quiero dar gracias especialmente a Lucía Etxebarria, que me metió en esto; a Luz Suárez, mi confiada editora; a la editorial Valdemar, por su ayuda y comprensión desinteresadas; a Alex Mendibil (alias Zinéfilo), por su experta asesoría en lo concerniente al caso Alcácer; y, sobre todo, a mi padre, Joaquín Palacios, que inició mi apasionada afición por lo oscuro y lo extraño, a la vez que me inculcó la mala costumbre de hacer las cosas bien y defender mis ideas con fervor y pasión, pero también con el uso de la razón y el sentido común, tan poco extendido en estos días.

Introducción: Filosofando a cuchilladas

Me gustaría que el lector se imaginara esta introducción un poco a la manera de aquellas breves y divertidas palabras con las que Alfred Hitchcock abría su famosa serie televisiva. O, mejor aún, como esas presentaciones psicotrónicas y llenas siempre de humor negro, con las que el Tío Creepy iniciaba sus relatos de terror en los cómics de nuestra infancia. Algo así como: ¡Hola, amigos del lado oscuro! Hoy tenemos aquí el relato de horror más siniestro, escalofriante y terrorífico de todos. Un relato en el que los monstruos no son fantasmas, zombis, vampiros o demonios, sino la peor criatura que ha pisado jamás la superficie del planeta: el ser humano. Bueno, quizá no toda la especie en su conjunto, pero sí un buen número de sus representantes. Un grupo de hombres —y mujeres. Aunque menos, todo hay que decirlo— que en los últimos decenios, a punto de entrar ya en el siglo XXI, de traspasar la barrera del año dos mil, se han convertido en la encarnación viviente del Mal (así, con mayúscula). Son, naturalmente, los psychokillers. Los asesinos psicópatas. Asesinos en serie. Personas que matan sin motivo aparente. Con estudiada frialdad. Pero que son, pese a quien pese, seres humanos, personas como usted, querido lector, y yo. Sólo que en lugar de tomar el desayuno, ponerse la chaqueta y después conectar el ordenador o abrir el candado de la tienda, coger el metro o el autobús, es muy posible que bajen al sótano y se dediquen a torturar a su tercera o cuarta víctima. O quizá tan sólo a jugar con los souvenirs que han sobrado después de

la fiesta: restos humanos que devorar, conservar o utilizar como decoración.

Es quizá un aborrecible tópico pero también una verdad ineludible: cualquiera puede ser un asesino psicópata. Es más, a pesar de que el cine ha abusado del concepto, lo cierto es que el psicópata aparenta las más de las veces ser muy poca cosa. Ese vecino tímido que nunca saluda o, por el contrario, ese joven atractivo y extravertido que siempre cede su asiento de autobús a las viejecitas. El tipo que atiende en la administración de lotería o el que vino el otro día a conectar el teléfono. Todos y ninguno. El auténtico hombre en la multitud de Poe. De ahí la dificultad de la policía para atraparlo.

Pero además de ser una persona, un ser humano de carne y hueso, en los últimos años el psychokiller se ha convertido en un mito. Inmerso en la decadente cultura del fin de milenio, con sus claros tintes apocalípticos, el asesino psicópata, las más de las veces un enfermo que no puede evitar matar compulsivamente hasta el punto de provocar su propia detención, emerge como la suma de todos los miedos del hombre contemporáneo y se convierte en otra cosa, en el psychokiller. Una criatura en la que convergen pasiones reales y ficticias. El monstruo que ha venido a jubilar a todos los monstruos que antes poblaron el imaginario universal. Es curioso que, cuando el término psicópata ni siquiera existía, muchos de los criminales y locos que ahora entrarían en esta definición fueran identificados con criaturas folklóricas y sobrenaturales como el hombre-lobo, el vampiro o el ogro. Y es curioso porque a la larga, el psychokiller los ha desbancado a todos y ha adoptado su poder mágico, su carga mítica, gracias al cine, la literatura y los medios de comunicación de masas. Asesino de masas. Mito de masas.

¿Qué poder de fascinación ejerce este personaje, que es capaz de encantar con sus sangrientos crímenes, como un oscuro flautista de Hamelin, tanto a jóvenes dispuestos a

convertirle en ídolo, como a padres de familia atemorizados ante las pantallas de televisión? Es la fascinación, llamémosla así, del Mal. En realidad, del desorden. De lo imprevisto e imprevisible. De lo que escapa al dominio de la ley, la ciencia y la sociedad.

Quienes vivimos en la moderna sociedad occidental somos muy pocas veces conscientes de lo que tenemos. Descontentos siempre (y con muy variados motivos, no se crea) con nuestro mundo y con «el sistema», nos cegamos ante un hecho que, sin embargo, es tan real como tangible: vivimos en Utopía. Occidente en el siglo XX se parece mucho más al siglo XXI que imaginaron nuestros bisabuelos y tatarabuelos de lo que nos gusta reconocer. Gigantescos aparatos voladores surcan los cielos a velocidades supersónicas. Los mares han sido domeñados y explotados. Las ciudades elevan torres de acero y cristal desafiando la gravedad, mientras carreteras y autopistas atraviesan, por debajo y por encima, calles y edificios. La gran mayoría de la población tiene comida y techo. Incluso quienes no poseen estos bienes fundamentales viven mucho mejor que las clases bajas (y no tan bajas) de los países del Tercer Mundo. Y eso sin hablar de la revolución informática, que ni los más optimistas de entre los utópicos podían siquiera imaginar. Internet. Las autopistas de la información. La aldea global. Satélites y despertadores. Teléfono móvil y bomba atómica. Impresoras láser y lavadoras. Comida enlatada, envasada, congelada. Metro, tren de alta velocidad... Un mundo, insisto, muy parecido al que predijeron los utópicos del Siglo de las Luces y la Revolución Industrial.

Y, por tanto, parecido también al que temieron los distópicos. Estado policial vigilado. Legislación estricta. Pérdida del poder individual. Capitalismo salvaje y competitividad dirigida. Sociedad basada en el trabajo perpetuo y el consumo robotizado... El lado oscuro de la utopía también es real. Y aunque 1984 parezca haber pasado sin pena ni

gloria, fue así porque, en verdad, el melodramático Orwell se quedó corto en sus previsiones.

Este es, en cierto modo, el mundo en el que vivimos. Un mundo basado en conceptos aparentemente opuestos (capitalismo y socialismo) que convergen en un mismo punto: el optimismo. Es necesario creer a ciegas en el progreso para poder crear esta sociedad, que nos protege maternalmente y que, también como una madre iracunda, nos vigila constantemente. A cambio de nuestra libertad, que vendimos quizá por un plato de lentejas (eso sí, eran lentejas muy sabrosas: con su choricito, su morcilla y su tocino), tenemos seguridad. Seguridad social. Desempleo. Seguros personales y para nuestra familia (compuesta también por el coche y la casa, claro). Seguridad en las calles. Cerrojos de seguridad. Seguridad quizá no en nosotros mismos, pero sí en lo que construimos con nuestros impuestos, nuestro trabajo, nuestro voto y nuestra renuncia: la sociedad. Sin embargo, hasta esta sociedad utópica y distópica en la que vivimos, esta sociedad que vista de lejos haría llorar de emoción a Fourier, a Saint-Simon o a Bellamy, y que más de cerca tiene mucho de Orwell y Huxley, necesita antídotos.

El error en el que está cayendo Occidente es creer demasiado en sus propias mentiras. La utopía funciona si sigue siendo una Utopía. Es decir, algo que es inalcanzable por principio. La distopía, la antiutopía, es soportable si, al menos, reconoce sus defectos. Sin embargo, en los últimos años una fiebre peligrosa se ha apoderado de quienes mayormente nos gobiernan y guían nuestros destinos. La fiebre de la Verdad con mayúscula. De la perfección absoluta. Del Bien absoluto. Desde la izquierda políticamente correcta tanto como desde el centro derecha liberal, una sola voz grita: ¡El hombre es bueno por naturaleza! De la herencia de tantos y tan grandes pensadores sólo se ha escogido la de Rousseau, gran hipócrita ganador en la batalla perdida de la Ilustración, sin prestar atención al sabio relativismo de un Voltaire o a las oscuras advertencias de un Sade. Todo el

pensamiento que rige hoy las democracias occidentales parte del ideal de que el hombre es bueno por naturaleza, y que, por lo tanto, todo los males en que incurre y ha incurrido a lo largo de la historia son producto de condiciones externas. La violencia, la agresividad, las diferencias raciales y sexuales, las guerras... no están en la naturaleza humana, sino que le han sido impuestas por formas de vida equivocadas, por sistemas fallidos. Pero perfeccionables hasta el absoluto. Apoyándose en el convencimiento de que el hombre llega a la vida puro y en blanco, y que es sólo el condicionamiento exterior el que le convierte en futuro asesino o en futuro benefactor de la humanidad, los intelectuales y los políticos que nos gobiernan están basando sus decisiones, decisiones de las que depende nuestro futuro, en un optimismo suicida cuya aplicación a ultranza lo único que consigue es un efecto totalmente opuesto al que busca: desenterrar la censura, exacerbar el control estatal y policial, eliminar poco a poco los beneficios utópicos de vivir en Occidente, para dejar sólo en pie las estructuras totalitarias que subyacen en ellos. Nos harán buenos a la fuerza, si es preciso.

Y es en este momento, en este tenso final de siglo y de milenio en el que las democracias occidentales se enfrentan a su peor enemigo, es decir, a ellas mismas, cuando surge el psychokiller, antihéroe por excelencia de la postmodernidad. ¿Cómo no va a resultar atractivo un personaje que encarna todo aquello que, formando parte íntima de nuestro yo, se nos obliga a negar y enterrar como si nunca hubiera existido? Porque desgraciadamente, supongo, los científicos e investigadores se hallan cada vez más cerca de demostrar, precisamente, lo contrario de aquello que nuestros gobernantes quieren que creamos. Es decir, que la violencia, la agresividad sexual, el instinto asesino, como otras muchas cosas, forman parte de nuestro acervo genético. Son heredadas y consustanciales a nosotros, no porque yo lo diga aquí o porque yo lo crea o porque me parezca que

es mejor o peor así. No. Sino porque es así. Lisa, llana y científicamente.

Un alto en el camino. Como les ocurre a todos los que se salen de las estrechas vías del liberalismo políticamente correcto actual, tengo que tomar un respiro y explicar algo al lector. No estoy diciendo que la violencia, el asesinato y la violación me parezcan bien. No estoy diciendo que el asesino psicópata sea un héroe, ni que haya que dejarle campar por sus respetos. Digo que precisamente porque el psicópata es un ser humano y porque el ser humano está, parcialmente al menos, programado para actitudes y acciones violentas que no tienen ya razón de ser en nuestro mundo, es por lo que hemos inventado la sociedad. No estoy contra el contrato social. Estoy en contra de que no se nos deje leer la letra pequeña. Es un tópico de la contracultura, pero una vez más es también una realidad que, por desgracia, tenemos que recordar a menudo en estos tiempos: si el hombre y la sociedad (que está formada por la suma de individuos que la componen, no lo olvidemos) se niegan a aceptar su lado oscuro, sus agujeros negros, sus realidades más peligrosas, se corre el riesgo precisamente de acabar sumergidos todos en unas nuevas tinieblas medievales de intolerancia. La sociedad es necesaria. Pero no fue creada porque el hombre sea bueno por naturaleza, sino precisamente por todo lo contrario. La sociedad fue creada para aprovechar nuestros aspectos positivos de colaboración, altruismo e impulso vital, pero sobre todo para protegernos eficazmente de nuestros impulsos violentos, salvajes. En definitiva, naturales. De nosotros mismos. A pesar de lo que quieran creer Skinner, Fromm o Marcuse y quienes les siguen, a pesar del hermoso mito del «buen salvaje» creado por Rousseau y llevado al extremo del absurdo por ecologistas y biempensantes, el criminal no es producto de la sociedad. La sociedad es la única manera de controlar al criminal. Pues ambos, criminal y víctima, son el mismo: nosotros.

Precisamente, parafraseando al zoólogo Richard Dawkins, lo que hace distinto y superior al ser humano es que, por vez primera, con su aparición sobre el planeta, una criatura tiene la capacidad de controlar los dictados de su herencia genética. Incluso puede negarla, dominarla y cambiarla. Éste es el verdadero libre albedrío y el porqué de que no haya excusa genética para el asesino en serie. El hombre puede decir a su instinto de violencia: no. Y negarse a matar. Lo ha hecho con su instinto sexual y de reproducción, y si ha podido con él, no cabe duda de que puede luchar contra la violencia. Siempre y cuando, claro, admita su existencia y su verdadera naturaleza.

Con los anteriores apuntes espero que hayan quedado claras al menos tres cosas. Una: no soy optimista. Dos: no soy el abogado defensor del asesino en serie como especie. Tres: y, sin embargo, entiendo que se le pueda admirar, que pueda fascinar. Que se le pueda, ya que no querer, sí amar.

Dado que la sociedad occidental en su conjunto, o al menos sus más significativos representantes (políticos, intelectuales, profesores, sacerdotes, periodistas, etc.), quieren convencernos de algo que todos (incluso ellos) sabemos que no es del todo cierto, es lógico que la aparición de un personaje, real y físicamente material, que no cuadra para nada con este panorama, que no se adapta en absoluto a estas ideas que se pretenden las únicas verdaderas, pueda convertirse en símbolo de rebelión e inconformismo. Lo cierto es que la influencia ambiental quizá pueda explicar la violencia en los guetos. La educación o, mejor dicho, la falta de educación, quizá pueda explicar la violencia juvenil e incluso infantil. El racismo contra las minorías étnicas quizá pueda explicarse por la presión del paro y el desempleo. El alcohol y las drogas quizá puedan explicar gran parte de los robos y asesinatos que se cometen diariamente en las grandes ciudades. La guerra en sí quizá pueda explicar, al menos parcialmente, actos de violencia individual tan terri-

bles como los cometidos recientemente en África por marines canadienses que torturaron, violaron y hasta se comieron a sus prisioneros africanos. Es una lástima que el asesino en serie no se ajuste a ninguno de estos parámetros.

Ya lo hemos dicho antes, cualquiera puede ser un psychokiller. Pero ahora precisaremos más. La mayor parte de los asesinos en serie son hombres jóvenes, de una edad comprendida entre los 27 y los 30 años. Suelen ser de raza blanca, muy inteligentes y de aspecto anodino o incluso agradable. La mayoría de ellos procede de familias de clase media, con una infancia normal, aunque algunos han sufrido malos tratos a manos de sus padres y, en general, su vida familiar es insatisfactoria. Pero en cualquier caso ni la pobreza, ni la falta de medios parecen tener nada que ver con su determinación criminal. No existen normas o reglas fijas. El asesino psicópata puede ser auténtica *white trash*, como la pareja de tarugos que inspiraron a Truman Capote su novela *A sangre fría*, dentistas como Glennon Engleman, granjeros como Ed Gein, militares como John Joubert (que además había sido *boy scout*), ex policías como Dennis Nilsen, futbolistas profesionales como Randall Woodfield, pianistas como Charles Yukl, etc. Sus motivos para asesinar son, la mayoría de las veces, sexuales. E incluso cuando aparecen otros móviles aparentes, como el robo, tras ellos suele esconderse la simple excitación provocada por el asesinato. No entraremos aquí en si la violación, como pretenden algunas feministas, es sólo un acto de violencia que nada tiene que ver con el sexo. Sí diré que algunos asesinatos psicópatas experimentan placer sexual simplemente con la violencia, sin necesidad de violación o penetración alguna.

Naturalmente, son enfermos. Lo que en otros tiempos llamarían locos. Locos extremadamente peligrosos. Antes incluso de que el concepto de locura tomara un cariz decididamente médico, eran monstruos. Vampiros, ogros, posesos, hombres-lobo, brujos y satanistas. Pero, desde que

la psicología ocupó su lugar como ciencia médica, son asesinos psicópatas, lo que en sí mismo ya indica la naturaleza de su enfermedad. Conviene aquí aclarar que lo que habitualmente denominamos psicópata puede desglosarse en dos clases principales: el asesino psicótico y el asesino sociópata o psicópata propiamente dicho. El primero asesina las más de las veces presa de crisis características de su enfermedad mental, una psicosis resultado de la neurosis aguda, que puede convertirse en paranoia o esquizofrenia, produciendo en el enfermo una visión absolutamente distorsionada de la realidad, impulsándole a matar víctima de sus obsesiones y alucinaciones psicóticas. Generalmente, el asesino psicótico sufre momentos de lucidez y remordimientos, lapsos en los que comprende sus crímenes y es consciente de su enfermedad. Es el psicótico quien a veces se entrega voluntariamente a la policía o deja pistas inconscientemente que conducen a su detención. Puede suicidarse, y normalmente lo hace, sobre todo si recupera la lucidez, aunque sea brevemente, tras llevar a cabo una matanza. Es el clásico ejemplo del hombre que después de disparar a toda su familia se descerraja un tiro en el cráneo o provoca a la policía para que le acribillen a balazos. Puede desear ser condenado a muerte, como ocurrió en el terrible caso de Gary Gilmore, del que hablaremos más adelante. Puede, al menos en teoría, llegar a curarse. El verdadero psicópata es, por el contrario, un hombre que desconoce por completo el significado moral o social de términos como el bien y el mal. Mejor dicho, el bien es su propio bien, la satisfacción a toda costa de sus deseos, y el mal, la incapacidad de lograr esa satisfacción y, desde luego, el ser detenido o muerto. El psicópata no sufre remordimientos ni crisis de ningún tipo. No se considera a sí mismo enfermo. Es altamente inteligente e ingenioso, tiende a tener otros comportamientos criminales o fuera de la ley aparte del asesinato propiamente dicho, puede ser ladrón, chantajista, estafador... pero su principal característica es la capacidad

de «cosificar» por completo a la persona objeto de su deseo asesino. Mientras el psicótico mata en medio de crisis alucinatorias más o menos agudas, incluso en mitad de ataques epilépticos, el psicópata planea detalladamente su estrategia, observa a la víctima fríamente, despojándola de todas las características humanas que le son propias. Puede verla como el empleado del matadero a la res, aunque con mucho más aprecio. Aprecio por el placer sexual que ha de proporcionarle. Es fetichista y, a su manera, refinado. En muchas ocasiones colecciona trofeos, aunque no hace falta que llegue al extremo de Ed Gein, quien construía prácticos muebles con los huesos de sus víctimas y se vestía con ropa confeccionada con piel humana. Es el criminal más peligroso porque no se ve a sí mismo como un simple asesino, sino como alguien superior a sus víctimas y perseguidores. Alguien con derecho absoluto a hacer lo que mejor sabe hacer: matar. Por eso mismo, por su profesionalidad, es astuto, limpio y precavido. Controlador y hábil simulador. Es nuestro amable vecino, el simpático chico que pasea su perro todas las mañanas por el parque, el agradable caballero del quinto izquierda que siempre nos da los buenos días... mientras, quizá, calcula cuánto puede tardar en arder nuestro cuerpo en el horno de su ático, si la estructura de nuestros huesos es la adecuada para su lámpara de pie o, en fin, cuántos orgasmos le puede proporcionar violarnos mientras nos asfixia con la misma bolsa de basura que está a punto de tirar al vertedero (por cierto, ¿qué habrá en ella? No sé, tiene una forma un poco rara).

Hay también diferencias que no son propiamente patológicas o psicológicas, sino claramente metodológicas. Obviamente no todos los asesinos en serie son psicóticos o psicópatas, algunos pueden actuar a lo largo de años, movidos por motivos puramente crematísticos. Aunque lo cierto es que, como ya se dijo antes, casi siempre se encuentra una tendencia enfermiza en quienes se dedican al asesinato como forma de solucionar sus problemas económicos. No

es raro que la naturaleza repetitiva y obsesiva del asesinato en sí acabe proporcionando un placer especial al asesino, quien puede creer que mata por motivos materiales y racionales, cuando en realidad ha caído ya bajo el terrible encanto de la pulsión homicida. En cualquier caso la mayoría de los asesinos en serie son asesinos psicópatas de una u otra especie y, por tanto, aquí ambos términos (como el anglosajón de *psychokiller*, perfectamente integrado ya en nuestro lenguaje moderno) se utilizarán prácticamente como sinónimos. Sin embargo, sí es importante diferenciar entre el asesino en serie (*serial killer*) y el asesino de masas (*mass murderer*), puesto que difieren no sólo psicológicamente sino también en el ejercicio práctico de su afición. El primero, el asesino en serie, es quien mata a más de tres víctimas a lo largo de un lapso de tiempo estimablemente largo. Por el contrario el asesino de masas es el que acaba con cuatro o más personas en una única explosión de violencia momentánea. El *serial killer* suele responder en términos generales al arquetipo del puro psicópata. Es decir, escoge a sus víctimas cuidadosamente, actúa con premeditación y procura seguir haciéndolo sin ser detenido el mayor tiempo posible. El *mass murderer* es el clásico psicótico llevado por una situación real o imaginaria hasta el límite de su resistencia mental. Es el hombre del rifle en el tejado, el alumno que dispara contra sus compañeros, el padre que masacra a su mujer e hijos. Generalmente es detenido o muerto, a veces por su propia mano, y sus víctimas suelen ser personas de su entorno, a las que conoce y culpa de su situación, o perfectos desconocidos que, vaya por Dios, pasaban por allí. No hay elección ni elementos fetichistas, voyeuristas o sádicos concretos. Finalmente, un tercer tipo de asesino patológico menos habitual, o menos clasificable, es el llamado por los especialistas *spree killer*: el asesino que mata a varias personas en lugares distintos, pero durante un lapso de tiempo relativamente breve. Más cerca del asesino de masas que del *serial killer*, sus actos suelen respon-